

De Cine

por

Zaldívar

Aunque continúen leyéndose aún ataques contra la postura de “incomprensión” frente al cine en los medios eclesiásticos, hemos de reconocer que se ha ganado mucho entre nosotros. Prácticamente ya no tiene valor ni eficacia la postura meramente negativa y condenatoria. Creo que pueden admitirse unos cuantos postulados, como plenamente incorporados.

1. El cine es una fuerza y un hecho de máxima importancia, que no puede ser ignorada ni desatendida y que los católicos, seglares y eclesiásticos, cada uno en su esfera, deben tomar como campo de trabajo apostólico. Las orientaciones Pontificas no han caído en desierto.

2. El trabajo moralizador del cine ha de hacerse en dos sentidos: en el de lograr unas películas educadoras, combatiendo las sembradoras de corrupción, y en el de tratar de educar al público.

Para la generalidad de los sacerdotes la primera parte no tiene interés inmediato, porque son pocos quienes pueden intervenir directamente en la producción cinematográfica. Aquellos, sin embargo, que por una razón o por otra puedan hacer sentir su influjo, desde escribir un buen guión, a tener amistad con productores, directores o actores, que no dejen de sentir la responsabilidad de evangelizar aquello

que Dios puso a su alcance, porque la transformación no puede esperarse sino de la suma de muchos esfuerzos, todos dirigidos al mismo fin y todos actuando con la máxima eficacia.

Pero si esta acción directa en la producción de las películas no es asequible a todos, es, en cambio, inequívoca labor pastoral la de proteger al pueblo contra los efectos malos del cine y procurar prepararle para sacar los buenos frutos que en él se encierran.

La censura moral y el intento de apartar a los fieles de ver el mal cine es sin duda un medio y muy eficaz, pero sería un error creer que todo consiste en esa postura negativa. A pesar de las calificaciones, muchos siguen asistiendo a las películas marcadas con un 3-R o con un 4. Es necesario pensar en ellos. Además, muchos otros no saben "ver" cine y sacar una lección provechosa allí donde la hay. Con una educación adecuada, pueden sacarse frutos aleccionadores, incluso de algunas películas malas. Al sacerdote le compete ser ese educador de las almas.

Sería otro error creer que para cumplir esta misión, el sacerdote tuviera que ver por sí mismo todas las películas y elaborar con un esfuerzo personal la lección que había de comunicar a los otros. El sacerdote ni puede ni debe hacer esto en la mayoría de los casos. Es, pues, necesario dárselo hecho. Unas fichas extensas y unos comentarios doctrinales sobre las películas serían la solución. Es necesario lanzarse inmediatamente a hacer esto. Aquí mismo voy a intentar un ensayo sobre una. Si es acertado valdrá para continuar lo mismo con otras. Si tiene defectos graves, espero que en alguna parte se me señalen, porque no pretendo haber hallado el secreto.

Pero antes quiero hacer otra observación. Podemos dividir al público que asiste al cine en dos tipos. Aquellos que "ven" la película, y los que la "viven". Los primeros se colocan frente a la obra cinematográfica como espectadores, con una cierta actitud crítica, indiferente en principio, dis-

puestos a juzgar el papel de los artistas, de la dirección de la obra, de sus valores estéticos, etc. Muchas veces, ni siquiera éstos son capaces de mantener esta actitud y se encuentran arrastrados a "vivir" la película. Es un índice de buen cine lograr esto. Esta disposición es poco frecuente, y para quienes así van al cine, ofrece éste menos peligros, porque la actitud crítica de juez, hace que penetre menos lo visto.

El gran público, que va al cine a buscar emociones, vive lo que ve. La escena, para éstos, no es "un artista representando un papel", sino "una madre, una novia, un marido... viviendo su vida". Quien esté sentado en un cine, con el oído atento a los comentarios del público situado a su vera, puede oír estos distintos tonos: "¡Qué bien trabaja ese artista!, ¡qué escena más floja!, ¡buena fotografía!", etc. Otros, la buena señora de cine de barrio, el muchacho que aplaude al "bueno", que llega oportunamente: "Mira cómo le quiere". "Ese canalla le está engañando", etc. Son dos posturas completamente distintas. Esta segunda es la que cala profundamente en el alma y deja allí una huella, buena o mala, que va conformando la mente, modelando los sentimientos, educando.

* * *

Escojo, de propósito, una película difícil, discutida, de gran densidad, calificada con un 4: LA MUERTE DE UN CICLISTA.

No pretendo criticar su calificación moral, que me parece acertada. Ni hablar de los valores técnicos de esta obra, ni dar un resumen de su argumento ni matizar demasiado ciertos aspectos de la misma, porque éstos no son captados por el público en general. Supongo a un sacerdote conocedor de que esta película se proyectará en un cine de su parroquia. Y quiere adelantarse a adoctrinar a sus fieles, aprovechando el lugar y medio más oportunos a su alcance, haciéndoles las siguientes reflexiones.

La primera, naturalmente, será aconsejar que, obedeciendo a la calificación moral, se abstengan de ir a verla, especialmente los jóvenes y quienes no tengan una sólida formación moral. Pero pensando en aquellos que, a pesar de todo, irán a verla, puede comentar su contenido con razones como éstas.

En esta película, densa de contenido, hay un tema y una moraleja central, y otros varios secundarios. El central no es otro que poner de manifiesto, una vez más, la sentencia del Evangelio: "*Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres*" (Joan. 8, 32). Dos partes van implicadas en esta proposición, y ambas aparecen claramente en la película. La primera que el pecado, cometido creyendo encontrar en él un placer, una felicidad, atenaza y esclaviza la vida de manera tan brutal, que se convierte en terrible tortura, en tirano insoportable. La segunda es que el camino de la verdad, por duras condiciones que imponga y por sacrificios que exija, es una liberación para el alma.

Los protagonistas son antiguos novios que establecen unas relaciones adulterinas, ya que ella se había casado con otro. El placer, la tentación, colocan a esta pareja en una postura de mentira ante el mundo. Un día, durante su clandestina excursión, atropellan a un pobre ciclista. Para no ser descubiertos, han de huir, dejándole abandonado. Se convierten así en criminales. El pecado ha dado una vuelta más a sus vidas aprisionadas. Ya no viven sino en perpetua angustia, convirtiéndose en blanco fácil para el "chantage". Cualquiera, el último, que sabe algo de su secreto, se convierte en dueño y señor de ellos. Esta situación de crimen los hace terriblemente egoístas. El, llevado de su egoísmo, comete una injusticia nueva, como profesor, con una alumna. Al verse acusado por ella, comprende el abismo en que ha caído y ve que la única salida es el camino de la verdad, aunque esa verdad suponga la cárcel. Todo es preferible, a vivir con la conciencia cargada de remordimiento. Pero un crimen cometido por dos ha de ser reparado por los dos. El quiere, pero ella no supera su egoísmo, que la

fuerza a cometer un nuevo crimen, matando a su amante. Pero un alma así de cargada de pecados, corre inevitablemente a la muerte, que se produce por no matar a otro ciclista.

El mundo está lleno de tentaciones, en que el pecado se presenta siempre como un placer. Pero las almas incautas no saben que el peso del pecado es infinito. Necesitó de la muerte de un Dios para ser redimido y cuando gravita sobre los hombros débiles de los hombres los agobia y hunde. ¡Cuidado con tomar sobre vosotros tan aplastante carga! Pero si ya la tenéis encima, por dura que parezca la exigencia de la redención en la verdad, es menor que la otra. En la verdad hay siempre una liberación.

No es necesario, por mi parte, decir más, porque el tema es tan grande que cualquiera puede continuar exponiéndole con la extensión que desee.

Hay, como decía, otras lecciones secundarias esparcidas en la película. El protagonista es hombre amargado por los criterios cerrados de su familia y aplastado por la personalidad espectacular de un cuñado suyo. Inevitablemente a quien se le eduque en un clima de sentirse fracasado, inútil y "protegido", se le cierran los caminos del bien y se le abren los de la conducta torcida y antisocial. "Toda personalidad se desarrolla en cierto modo a costa de los demás", decía Maritain. Hay muchos vampiros de éstos, que destruyeron cuantas vidas tienen a su alrededor, sin mirar más que a la satisfacción de su vanidad. Y las madres "buenas-tontas", que juzgan la vida con unos cuantos criterios simples de la mentalidad burguesa, jamás pueden comprender el drama de hijos así.

Hay un escritor y poeta chantagista, porque en el fondo es un resentido. Pudo haber hecho mucho bien, podía haber aprovechado su situación para convertirse en un apóstol de aquella gente inferior a él en talento, aunque tuviese más dinero, pero prefirió odiar y se ahogó en su propio

veneno. El mundo malo, también sabe defenderse y prefiere continuar ciego, en su mentira, a abrir los ojos a la verdad.

Hay una fiesta de alegría gitana, en la que todos están espiritualmente ausentes, torturados por su propia conciencia y por su propia vida. Las alegrías del mundo, las “juergas” de los ricos, ¡cuántas veces son así, escondiendo debajo de sus músicas las amarguras de la mala conciencia!

Hay una crítica a la sociedad adinerada y burguesa, que organiza “pinacles” de caridad, que cree poder repararlo todo llenando los cepillos de billetes. Hay en todo ello una gran ausencia de Dios, defecto que puede achacarse a la misma película, si es que, de propósito, no se ha hecho así.

Por último, queda el problema que plantea la protagonista. Es el más hondo aunque no sea el central de la obra. La mujer que ha sido infiel, por ambición y por egoísmo, a su propio corazón, ¡qué difícil es que abra su alma a la llamada de la verdad! Esta mujer se casó con un hombre rico sin amarle, y cuando quiso volver a encontrar al amor ya era tarde, porque el verdadero amor no puede estar sino en la verdad, en la rectitud. El no había sido así de infiel y por eso respondió a la llamada de la conciencia; pero en ella el amor era sólo pasión, era egoísmo. Por eso se hace peor con cada incidente, por eso se hunde en nuevos crímenes.

En su defensa podría decirse que se la pedía demasiado: perder su matrimonio, su fama, hundirse en una vergüenza social, mucho mayor que la que amenazaba a su amante. No se la ofrece siquiera la salida del arrepentimiento ante Dios, de la reparación del daño y de la rectificación de su vida sin el escándalo. Esto no está en la película y debiera haberlo estado quizá. Se la quiere presentar como un alma perversa. Como quiera que sea, sí puede decirse que a esto llevan muchas veces las elecciones matrimoniales y bodas sin amor y por intereses. El amor es lo mejor que ha dado Dios al hom-

bre. Cuando se vive bien redime, pero cuando se vende por unos dineros, se vende en él la felicidad, la paz, toda la bondad de la vida.

* * *

Nadie negará que quien saliese de ver LA MUERTE DE UN CICLISTA, con estas consideraciones refrescadas en el alma, habría obtenido de esta película calificada con 4 un fruto que quizá no había sacado de algunos sermones. No pretendo decir que la calificación esté mal. El tema es fuerte y para muchos no servirá sino de escándalo. Aunque para otros todo esto, estuviese o no en el ánimo de los autores del film, queda reflejado en el mismo y ofrece oportunidad para hacérselo ver. Entiendo que este quehacer forma parte del apostolado sacerdotal del cine.

Se me podrá objetar que un sacerdote que presentase así las posibilidades morales contenidas en esta obra, en lugar de apartar de ella a los fieles se convertiría en su propagandista. Es cierto, y no veo el modo de que, al hablar de una película, se evite el despertar interés por no verla. También, sin embargo, es cierto que si ese interés queda impregnado de esa lección, muchos de los malos efectos desaparecen. Es éste un punto que dejó abierto a la discusión por no saber cómo resolverlo.